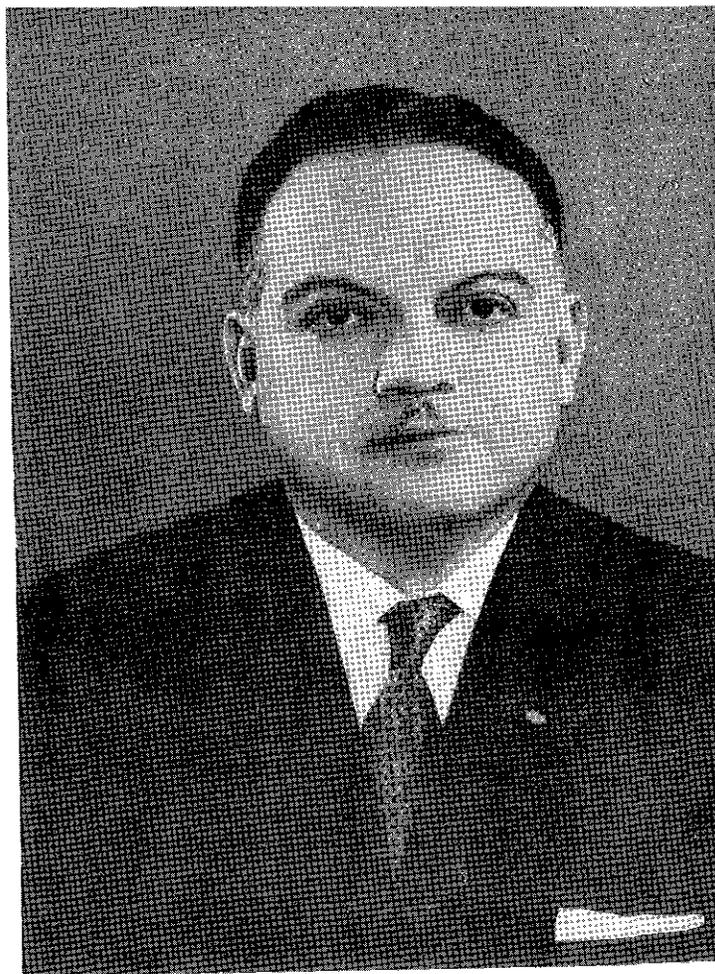


*Cuentos
de
José
María
Méndez*



José María Méndez
(1917-)

CATALOGADO

Ajedrez

Le apasionaba jugar al ajedrez y llevaba siempre consigo, dentro de un estuche, un pequeño tablero de bolsillo y sus respectivas piezas. En cuanto subió al tren armó conversación con el compañero de viaje que ocupaba el asiento situado frente al suyo. Tocó el tema del clima, el del pueblo natal y terminó instándolo a jugar una partida. Se negó el invitado.

—Conozco muy poco, casi nada del juego ciencia —respondió cortesmente—

No se dio por vencido. Insistió y tanta fue su insistencia que logró convencer al renuente viajero. Se inició la partida. Después de dos movimientos lo desconcertó el juego de su forzado contrincante, original, estafalario. Perdió la serenidad. Al cuarto movimiento cayó en error y dejó el caballo del rey a merced de un peón enemigo. Su adversario hizo además de adelantar el peón en vez de tomar el caballo. Pensó él que quería perdonarle la pieza y caballerosamente le llamó la atención:

—Tome usted el caballo —le dijo, señalándole la pieza indefensa—

—¿El caballo?

—Sí, tómelo. Cómalo, así decimos por estos lares.

—¿Esa pieza es un caballo? ¿Quiere usted que yo me coma el caballo?

—Sí; le resulta conveniente, imperioso. No quiero ventajas. Cómalo. Por favor, cómalo.

—Si lo pide tan fervientemente. . . —dijo con voz sumisa

Y tomó la pieza que se le señalaba y la engulló de un bocado. Al segundo se levantó presuroso, aprovechó el paso lento del tren que se acercaba a una estación, saltó a tierra y se alejó en ligero trote, relinchando, por una vereda que de seguro conducía a un potrero cercano.

Pueblo Tranquilo

Yo venía de Londres rumbo a Buenos Aires, donde asumía el cargo de Jefe de Ingenieros de una compañía constructora organizada con capital francés e italiano. Me acompañaba mi amigo y colega Mauricio Despignac. La última etapa había sido New York-Miami y estábamos haciendo la correspondiente a Miami-Panamá. Después de dos horas de vuelo, el avión empezó a bambolearse exageradamente y a perder altura. Una de las azafatas nos hizo saber a los pasajeros que la nave sufría un desperfecto y que haríamos un aterrizaje forzoso en una de las repúblicas de Centro América. En verdad el nombre de la república se me escapa.

No voy a relatar los minutos de zozobra que vivimos entonces los pasajeros: el miedo exagerado de unos, la manifestación de estupidez de otros, las peripecias del descenso. Dié nada más que aterrizar felizmente y que no hubo desgracias personales. El propósito que me impulsa no es referirles mi aventura aérea sino la que podíamos llamar terrestre.

Ya en el aeropuerto, repuestos del susto, supimos que no podíamos reanudar el viaje sino hasta después de dos días y que durante

ese tiempo permaneceríamos en la capital, alojados en una casa de huéspedes.

Un señor de apellido Rosales, nativo de aquella república, compañero de viaje desde New York, con quien hicimos amistad durante el vuelo, al darnos referencias sobre los habitantes de su país nos los describió laboriosos y ordenados "Formamos —nos dijo— un pueblo tranquilo, de régimen democrático, aunque —agregó— de vez en cuando ocurre una asonada".

Era mi primer arribo a las tierras que descubrió Colón y no dominaba, como ahora, el idioma español. La palabra "asonada" me sonó a fenómeno brusco de la naturaleza, algo así como tifón o maremoto. Si hubiera sabido lo que significaba. Porque basados en las palabras de Rosales y atraídos por la limpidez del cielo, las siluetas majestuosas de los cerros, el aire claro, tónico, la paz que imperaba en la casa de huéspedes de doña Clotilde, en donde nos habían alojado, decidimos Mauricio y yo, cuando llegó el día señalado para la partida, posponer el viaje y quedarnos una semana en aquel lugar. Nuestras vacaciones fueron en un principio agradables; pero al cuarto día, cuando estábamos a punto de salir al campo con el propósito de visitar unas ruinas, notamos gran revuelo entre los huéspedes. Había estallado una rebelión, nos dijeron:

—Quédense adentro —nos indicó la dueña de la casa—, pronto empezarán a sonar los fusiles, las ametralladoras y los cañones. Salir a la calle es exponer la vida. Aquí, cuando hay revolución, no se salvan ni los de la Cruz Roja.

Eran las ocho de la mañana. Esperamos el estruendo de las armas de fuego fumando cigarrillo tras cigarrillo. Transcurrió hora y media. Durante ese intervalo no oímos siquiera el tiro de un fusil; tan sólo percibíamos el silencio de la ciudad abandonada, que estaba como muerta.

—¿Qué pasa? —pregunté a doña Clotilde—. Han transcurrido casi dos horas y no hemos escuchado el más leve ruido que delate la revuelta.

—Es raro —murmuró—, verdaderamente raro.

—Nosotros quisiéramos salir —protesté—, nos parece absurdo permanecer encerrados por un simple rumor. Deseamos averiguar si en realidad ocurre algo.

—No salgan —interfirió un huésped—. Podrían matarlos. No se trata de un rumor. El silencio es significativo.

Si quieren noticias, conecten el radio —aconsejó doña Clotilde—. Tal vez así logian saber de cierto qué pasa

Mauricio se paseaba intranquilo y enfurecido. En un rincón dos ancianas rezaban el rosario. Siguiendo el consejo de doña Clotilde yo encendí el radio. Coní la aguja por la mitad del cuadrante y no pesqué ninguna estación. Me pareció que el aparato estaba descompuesto. Iba a apagarlo, cuando el caballero que antes había interferido en la conversación me detuvo.

—Busque en los setecientos quilociclos la radio nacional —recomendó—. Esa de seguro está transmitiendo.

Efectivamente esa estación estaba en el aire. Y en ese momento transmitía un boletín de noticias. Decía el locutor:

—¡Calma, pueblo soberano, calma! El país *contiontó*, ciertamente, un grave problema político; pero ese problema ha sido ya resuelto por las vías legales. La paz y el orden imperan en todo el territorio. Esto *no obstante*, les recomendamos se mantengan dentro de sus hogares para evitar desgracias. Mañana, esperen el aviso, podrán reanudar sus labores sin tropiezos. Paso a relatarles lo ocurrido y les advierto que cualquier otra versión distinta de la oficial es falsa. Ayer por la noche el Fiscal General de la República presentó denuncia ante la Cámara de Diputados contra el Jefe del Ejecutivo Mariscal Catarino Gómez y Gómez. La Cámara, en vista de documentación anexa al escrito de denuncia, admitió ésta, ordenó el enjuiciamiento del Presidente por los delitos denunciados, lo depuso, de acuerdo con lo dispuesto en el artículo setenta y tres de nuestro Código Político, y decretó su *detención*. Corresponde ocupar la primera magistratura del Estado al Vice-Presidente electo. Pero éste también había sido denunciado y en consecuencia depuesto y *detenido*. Lo mismo ha ocurrido con el Primer Designado a la Presidencia y con el Segundo y con el Tercero. Los cinco funcionarios señalados quedaron, en virtud del enjuiciamiento, impedidos para ejercer el cargo para el que fueron electos. A las doce de la noche renunció en pleno el Gabinete del Gobierno. Pero bueno es decir que a esa hora el gabinete en pleno estaba ya destituido y enjuiciado de conformidad a las normas constitucionales que nos rigen. No todos los Ministros lograron ser capturados. Algunos huyeron; pero se les persigue. El ciudadano que los encubra se hará *reco* de traición. En próximo boletín daremos el nombre de los fugitivos. Como no había sustituto legal para llenar la vacante de Catarino Gómez, la Cámara de Diputados, protegido por destacamentos del Cuartel Casamitona, ha nombrado *Presidente Constitucional* al General José Rosendo Cachipo-

11a, Jefe del Cuartel Casamitona. Las fuerzas armadas del país, fieles a los principios democráticos, respaldan unánimemente a los representantes del pueblo. No hay posibilidad de levantamientos armados, menos aún de que facciones civiles realicen maniobras subversivas. Se han tomado medidas drásticas para consolidar al nuevo gobierno. Dentro de una media hora transmitiremos un nuevo boletín con importantes noticias.

—Menos mal —comentó Mauricio— parece que los fusiles se estarán quietos.

Oíamos sin embargo el taconeo marcial de patrullas que recorrian las calles, el ruido estremecedor de tanques de guerra y el zumbido de aviones que volaban bajo, casi rozando los techos.

Los huéspedes todos de la casa se habían congregado alrededor del aparato de radio. Unos pocos tenían los ojos llorosos, estaban compungidos. La mayoría demostraba alborozo.

—El pícaro de Gómez —decían los últimos— encontró su merecido. Con Cachipolla las cosas serán distintas.

Un chiquillo lloraba, halando furioso el saco de su padre al sentirse defraudado.

—Tú me dijistes que habría balaceira y muertos. ¡Mentiroso!

El padre le pellizcó una nalga despiadadamente.

En el segundo boletín dijo el locutor:

—Ciudadanos: Continuar ponderados y calmos. La ley se ha afirmado más aún en el suelo patrio. Tengo el honor de anunciar que el nuevo Presidente Constitucional, por designación de los representantes del pueblo, los miembros de la Cámara de Diputados, es el Coronel Godofredo Manganeta y Machorro, pundonoroso militar, experto político y ciudadano intachable. El concluirá el período para el que fue electo Catarino Gómez, conculcador de nuestras libertades. La anterior elección recaída en el inescrupuloso José Rosendo Canales ha sido declarada nula por vicio de coacción, pues la Cámara de Diputados ha reconocido, en gesto que la enaltece, que la presencia de Canales y sus tropas coartó la libertad de sus miembros. El Coronel Machorro con sus aguerridas tropas, liberó de la presión a los diputados. La nueva elección se llevó a cabo bajo su vigilancia. Y ahora, pueblo libre y soberano, el Coronel Machorro os dirigirá la palabra: “Conciudadanos: por designación popular asumo en estos momentos la primer magistratura del Estado. Jamás pensé que mis escasos mé-

itos pesaran tanto en la conciencia de mi pueblo como para conferirme tan elevado cargo, pero podéis estar seguros de que pondré esos escasos méritos al servicio de ese pueblo que me ha electo y de que no es otro mi afán que el de servirle con dignidad y homaje. Si las circunstancias lo requieren presto estaré al máximo sacrificio. Antes de rendirme a quienes intenten alterar el orden jurídico gubernamental, brindaré orgulloso mi vida poniendo los ojos a la hora solemne de la muerte en la bandera y escudo nacionales. He subido al poder respondiendo a las voces que clamaban por un gobierno honesto, eficiente, que pedían se pusiera punto final a la larga serie de atropellos y depredaciones cometidos por la pandilla de facinerosos que capitaneaba Catarino Gómez. Todos los que violaron nuestras leyes e irrespetaron los derechos del ciudadano, serán pronta e imparcialmente juzgados. En estos momentos se dicta una ley de emergencia por la que se establecen tribunales especiales que nombrará el Poder Ejecutivo. Yo ofrezco garantías, seguridad y justicia. Dadme vosotros vuestra colaboración. La paz se ha restablecido, pero se ha hecho necesario decretar el Estado de Sitio y la Ley Marcial para evitar disturbios. El toque de queda se dará a las nueve de la noche. Seguid como hasta ahora tranquilos y optimistas. Confiad en la Divina Providencia y en las sanas intenciones del gobierno que presido”.

Se escucharon aplausos y el himno nacional

—Bendito sea Dios —dijo doña Clotilde— y que Dios haga que esta paz que nos anuncian sea duradera.

Mauricio, tan ponderado y discreto por naturaleza se atrevió a decir

—A mí me bastaría que durara siquiera esta noche para que pudiéramos dormir tranquilos.

Y alguien socarrón, terció.

—Yo ni en la paz de los sepulcros creo.

Propuse que apagáramos el radio y que cenáramos. Aceptado fue lo de la cena. Sobre la propuesta de apagar el radio hubo una protesta general y éste quedó encendido. A las nueve de la noche, cuando estábamos de sobremesa, escuchamos un último boletín. Estas fueron las palabras del locutor:

—El Coronel Machorro se rindió a las fuerzas del Capitán Cornelio Cañénguez, quien disolvió la Cámara de Diputados. La Cámara, según lo evidencian las dos elecciones anteriores, se había convertido en instrumento de las ambiciones bastardas de políticos y militares

inescrupulosos. El Capitán Cañénguez, después de disolver la Cámara de Diputados, disolvió la Corte Suprema de Justicia y se declaró, para bien de la República, Dictador Provisional por un período de diez años. Pedimos al pueblo comprensión y cordura. Por fin un hombre enérgico tratará con todas las fuerzas a su alcance de restañar las heridas que ha sufrido nuestra organización republicana y democrática.

Algunos dijeron:

—¡Esto no se puede quedar así! ¡Esto es el colmo!

Otros dijeron.

—¡Mano dura es la que necesitamos!

Mauricio hizo ver que tenía jaqueca y me obligó a que nos acostáramos. Los demás se quedaron al pie del radio, dispuestos a desvelarse en espera de noticias.

Al día siguiente, bajo las banderas de nuestros respectivos países, en carros blindados, protegidos por tropas de Cañénguez y a horas en que éste todavía gobernaba, abandonamos aquel tranquilo y democrático país.

Un Misterio para Don Honorio

(A Silvia Castellanos de López Vallecillos)

Respetado y querido Don Honorio:

Las palabras con las cuales encabezo esta carta no son rituales, no son fruto de los convencionalismos. Nacen del corazón, expresan sentimientos auténticos. Usted, sin embargo, no va a creerme. Al final de esta carta me habrá condenado con el juicio de sinvergüenza o algo peor. Antes de haber terminado de leerla habré, de seguro, formulado ese juicio. Pero yo lo rechazo. Afirmo enfáticamente que no soy un sinvergüenza y le estoy diciendo la verdad. Cuando lo conocí en la Embajada de Francia, el catorce de julio, me atrajo su gallarda figura, su mirada imperiosa, tal vez altanera. Admié sus juicios originales y esa nobleza de espíritu que le ha otorgado extendida fama. Sufrí fascinación y por eso cuando fuimos presentados me vio aturrido y con aire de tonto. Esa misma noche tuvo la gentileza de invitarme a su casa. Al día siguiente hice la visita y quedé deslumbrado. Al entrar se lo dije: "Usted y su casa coinciden. Es la casa más inteligente y afectuosa que he visto". Ahora que la he conocido mejor creo que el secreto está en la multitud de jardines diversos que la entrecruzan, que la separan y a la vez la integran. Claro que la caprichosa distribución, tanto

de los patios como de las habitaciones, obedece a un orden preconcebido. Pero esto no lo advierte cualquiera. Yo tenía especial sensibilidad para advertirlo, porque como debería recordar por confesión que le hice, soy un poeta, un legítimo poeta, aun cuando jamás haya escrito versos. Su casa es, era, sencillamente maravillosa. Alcobas sabiamente decoradas para convocar el sueño; salas con rincones poblados de rosales para oír música de Chopin o adornados con panoplias y armaduras antiguas para oír música de Wagner; esquinas japonesas con biombos y pájaros, bibliotecas que se suceden entre bosquecillos que atraviesan artificiales riachuelos. Al expresarle mi entusiasmo después de un breve recorrido, le dije que daría varios años de mi vida por vivir unos pocos días en aquel lugar, los necesarios para poder apreciar la colección de magníficos cuadros, jarrones y tapices, leer en cada una de las salas de lectura, admirar todas las plantas, flores y pájaros allí reunidos. Entonces vino lo inesperado. Me dijo usted que tenía la casa a la orden y que al decirme tal cosa formulaba una invitación precisa. Refirió que por coincidencia saldría de vacaciones acompañado de su esposa e hijos —“Puede —me dijo— vivir aquí durante tres meses, el tiempo que durará mi viaje”

Lo fantástico se realizó. Partió usted para Suiza y yo me convertí en el habitante de aquellos aposentos que sacian la voluptuosidad más refinada. Me dejó advertido que no había ciados, que todo funcionaba automáticamente y me dio las instrucciones del caso. Antes de su partida conocía yo el uso de todos los botones, desde los que abren las puertas hasta lo que hacen subir de las bodegas botellas de vino provenientes de cosechas que se suponen extinguidas

Y aquí viene ahora lo duro de referir. Los primeros quince días transcurrieron normales, si cabe dentro de la normalidad que un hombre fascinado viva en un recinto mágico colmando todos sus deseos con el simple esfuerzo de ambular y apretar botones. Pero un día... fue el primero de junio, ocurrió algo extraordinario. Cuando pasé a la sala de lectura francesa con la idea de hojear una edición príncipe de Flaubert, encontré la sala deshabitada. No había anaqueles, ni libros, ni mesas, ni sillones. A las paredes mismas les habían sido arrancados los tapices, los mármoles. Mostraban el esqueleto de sus ladrillos. Yo me dije: “Santo Dios, he sido víctima, Don Honorio ha sido víctima de los ladrones”. Me llené de angustia, me sentí culpable, pensé en la responsabilidad que a sus ojos podría caberme. Dos días después desapareció la sala de lectura española. Luego la sala de cine, el gimnasio, siempre a intervalos de dos días y con el mismo sistema de dejar desnudas las paredes. No podían ser ladrones. No podían ser ladrones porque yo

vigilaba y no les veía entrar ni salir. Durante la noche ejercía especial vigilancia. Me colocaba frente a la puerta de uno de los salones. Allí me estaba. No oía ningún ruido. Al amanecer abrió la puerta y comprobaba que todo se había evaporado. Llegué a creer que usted mismo había dispuesto así las cosas, mediante artefactos automáticos, para jugar-me una broma. Pero averigué que la hipótesis era falsa cuando descubí a los malhechores. Desde el primer momento adiviné que eran seres interplanetarios, marcianos de seguro. Estaba en una ventana vigilando el jardín de las fuentes de mármoles de colores, cuando ví descender sobre el césped el platillo volador. Tenía forma de hongo, era de color amarillo verdoso, un bellissimo color por cierto, que jamás he visto antes, ni siquiera en pinturas. Salieron del vehículo espacial tres individuos provistos de unos aparatos que puedo llamar aspiradores. Los individuos eran como de vidrio o humo, transparentes; parecían pájaros erguidos. Apuntaron con los aspiradores a las fuentes, las fuentes se empequeñecieron y yo las ví pasar, empequeñecidas, a través de las mangas de los aspiradores, hasta el platillo volador. No hice nada. Pero, ¿qué podía hacer? Estaba entontecido por el asombro y atemorizado por lo que usted pudiera pensar de mí cuando le relatara la verdad inconcebible. La inconcebible verdad que ahora le voy a relatar totalmente. La verdad total es que ahora en su casa no hay una pintura, no hay un tapíz, una alfombra, un jarrón, un sólo mueble; que su casa ha sido saqueada por los marcianos. Yo insisto en que son marcianos. Anoche mientras entraron a la casa tuve una idea. Entré al platillo y destruí lo que calculé era el tablero de control de mandos. Rompí unos alambres, corté unos cables. Hice todos los estragos que consideré suficientes. Entonces corrí a su automóvil. Había pensado llegar a la Jefatura de Policía, presentar la denuncia y volver con agentes para capturarlos. Creía que ellos no podían huir ya que les había inmovilizado su vehículo; pero cuando empuñaba el timón, salieron de la casa. Con unas largas agujas que de fijo eran armas que despedían rayos, apuntaron hacia el automóvil. El automóvil se fue desintegrando, desapareciendo, por los guardafangos, el motor, la capota, etc. Me quedó sólo el timón en las manos. Uno de ellos, buílón, me apuntó con una de las agujas y mis vestidos se desintegraron. Quedé desnudo, desnudo y con la lengua hecha un lazo dentro de la boca. Luego con otras agujas apuntaron hacia el platillo y yo ví como todo lo que había destruído recobraba su estructura. Entonces lo aborrdaron y se perdieron a través de las nubes en vuelo vertical.

¿Qué creerá usted de mí, querido don Honorio? ¿Qué le he robado sus tesoros? Adivino su respuesta. Presiento sus ojos nacundos. Ja-

más podré enfrentar su mirada. Por eso he decidido irme lejos, lejos, donde jamás pueda encontrarme. Con esta carta y el paquete adjunto, le envié el timón de su carro, lo único que resta de cuanto poseía usted en muebles. Le ruego encarecidamente lo mande analizar a un laboratorio. Estoy seguro que encontrarán huellas de ácidos, rayos —qué sé yo— desconocidos en nuestro planeta. Esto le revelará que fueron los marcianos los malhechores y que yo no soy un ladrón, un sinvergüenza.

Apenado hasta el fondo del corazón lo saluda su fiel amigo

GERVASIO"

Memorias de un Desmemoriado

Hurgando entre papeles viejos que pertenecieron a mis antepasados, encontré un manuscrito inconcluso, ilegible a ratos por las enmiendas, los borrones y la polilla. Debe de haberlo escrito mi tío abuelo, el que murió en un accidente ferroviario. Dice así

“Mis memorias, a la larga, van a resultar una pifia, pues soy un hombre verdaderamente excepcional por la falta de memoria. Ha sido con el propósito de realizar aquello que me resultaba más difícil de realizar, que me he impuesto este titánico proyecto.

Firmo Juan Martínez. Mi nombre completo es . . . Déjenme ver . . . Cuando digo “déjenme ver” no lo digo en sentido figurado. Quiero que me permitan ver mi partida de nacimiento. Aquí está. Perdón, me equivoqué, ésta es la de mi hermano Bueno. Ahora sí la pesqué. Me bautizaron con los nombres de Juan Alfonso Carlos Rodrigo. Una verdadera metida de pata de mis padres. ¿Cómo podía yo recordar tantos nombres? Mi apellido completo es . . . Permítanme de nuevo consultar mis documentos. . . Martínez del Cid y Camporeal. De modo que mi nom-

bre completo es Juan Alfonso Carlos Rodrigo Martínez del Cid y Camponeal. Un nombre que podía recordar de corrido alguien poseedor de una extraordinaria retentiva. Yo, con la escasa que Dios me ha dado, jamás he podido decirlo de corrido, ni escribirlo sin previa consulta de mis atestados bautismales. Para evitarme problemas decidí firmar Juan Martínez a secas.

* * *

Mi padre me llamaba Juan Alfonso. Me costó años y trabajos obedecerle por esos nombres. Cuántas veces el buen señor gritó con voz de trueno: “¡Juan Alfonso! ¡Juan Alfonso!” y yo no le contesté creyendo que llamaba a uno de mis hermanos o a uno de los sirvientes. Cierta vez gritó tanto y tan inútilmente que se volvió loco. Al menos así lo creí yo cuando lo vi tirarse al suelo, echar espuma por la boca y amancarse con las azulosas manos, gruesos mechones de pelo. Corrí donde mi madre y le dije:

—Papá se ha vuelto loco y está llamando a gritos a Juan Alfonso
—Pobre Carlitos —contestó mi madre y me besó en la frente.

Esta es una de las pocas cosas que recuerdo muy bien: que mi madre, por llevar la contraria a mi padre, me llamaba Carlitos.

* * *

Nunca me he puesto a reflexionar en mi problema (en términos generales no puedo pensar hondamente en ninguno) pero a ratos creo que esta mi extraordinaria falta de memoria, no es fruto exclusivo de mi especial condición biológica y psíquica. ¿Qué diría un siquiátra después de analizar estos datos? Los ya anotados (que llevo el nombre de Juan Alfonso Carlos Rodrigo Martínez del Cid y Camponeal y que mi padre me llamaba Juan Alfonso y mi madre Carlitos). Y estos otros: que una tía paterna me llamaba Rodrigo y una tía materna Carlos Alfonso; que los pacientes de mi madre decían que me parecía al abuelo materno y que para seguir sus huellas, debería ser médico; y los pacientes de mi padre decían que me parecía al abuelo paterno y que para seguir sus huellas, debería ser militar, que a mi madre le gustaba vestirme de mujer y a mi padre eso le disgustaba mucho; que los pacientes de mi padre se enfadaban cuando yo me mostraba cariñoso con los pacientes de mi madre y viceversa; que mamá afirmaba tener treinta y cinco años, y papá juraba que eran cuarenta y dos; que papá decía que él era comerciante y mamá que era vago, que Juana, la sirvienta, y mi

padre, se mostraban muy serios frente a mi madre y cuando estaban solos se hacían cosquillas.

* * *

En cuanto mamá y papá advirtieron mi deficiencia me trataron con especial tolerancia. Mis años infantiles fueron de una felicidad imponderable. Se me reconoció el derecho a jugar con los juguetes de mis hermanos y el de traerme algunos que pertenecían a mis vecinos, el de no dar los buenos días ni las buenas noches, el de no bañarme, andar descalzo y meter los desnudos pies en los grandes charcos que la lluvia dejaba en los patios, el de no tomar el vaso de leche a las diez de la mañana; el de acostarme tarde y el de levantarme tarde, el de prolongar mis juegos y no asistir a las horas oficiales de comida. Nunca me regañaron por decirle abuelo al tío Federico; ni cuando me senté sobre su sombrero de paja, ni cuando metí su bastón en el fuego de la chimenea, ni cuando le quemé los bigotes al encenderle el pufo con un fósforo de luz de los que nos habían regalado para Navidad. ¡Ah, viejo maldito el tío Federico! Entre las sombras difusas que forman, en el recuerdo, las figuras familiares, sobresalen sus bigotes amenazantes, sus dedos pellizcones y sus ojos biliosos

Mis hermanos tuvieron que aprender la Salve, el Padre Nuestro y el Rosario. Aprendiéndolos, les cayeron varios palmetazos. Yo estuve siempre libre de esas torturas. De inmediato comprendieron mis padres que iba a ser muy difícil que yo lograra decir, como todo buen cristiano que se persigna: “en el nombre del Hijo, Dios Santo, Espíritu Amén”

* * *

Mis torturas empezaron en la escuela. Las letras, el alfabeto ¡Dios mío! qué cosa más horrible y complicada. Pero en seis meses de obstinados esfuerzos logré aprender las vocales, repetirlas y escribirlas en orden: O, U, A, I, E. En las consonantes, que son veintiocho y sumamente difíciles, pasé año y medio. Pese a todo, a los diez ya conocía el alfabeto. Entonces vino el deletreo: M— A MA M— A MA MAMA P— A PA P— A PA PAPA. Aprendía en libros que tenían ilustraciones y durante mucho tiempo no aprendí nada debido a que no lograba retener las combinaciones silábicas y me guiaba, al contestar, por las figuras alusivas de las ilustraciones. Así, cuando me hacían re-

petir CH—I CHI N—E NE L—A LA y me exigían después el significado de la palabra deletreada, yo respondía: PANTUFLA.

* * *

A los quince años logré por fin leer y escribir, aunque al hacer esto último cometía muchas faltas. En el aspecto ortográfico era pésimo ¿Cómo logré corregir el defecto? Verán ustedes: lo corregí y no lo corregí. Mi profesor especial de ortografía era el Padre Jacinto Larrave, un sacerdote grueso y colorado, quien no era muy paciente que digamos, pues me confesó que desde que me daba clases se mantenía en pecado mortal porque no se podía arrancar de la cabeza la idea de matarme. Un día me dijo: “Me doy por vencido. Jamás lograré hacer que retengas las reglas. Pero he descubierito algo de mucha importancia: no sólo eres un ignorante mayúsculo en relación a las reglas de ortografía, sino que además tienes un sentido natural antiortográfico que pasma. Por instinto pones b por v y c por s. Aprovecha esa circunstancia. Te voy a dar un consejo. Olvídate de las reglas. Sigue tu inspiración, tu primer impulso. Escribe las palabras como se te vengan a la cabeza. Y cuando hayas terminado de escribir así, corrige, actúa en sentido contrario a tu natural impulso y cambia las b por v y las c por s. Allí donde se te haya ocurrido poner h, táchala y ponla donde hayas creído que no deberías ponerla. ¿Me entiendes?” Le entendí y el consejo me dio maravillosos resultados. Al escribir VACA, por ejemplo, yo escribo por impulso natural BACA. Así que al terminar hago la sustitución correspondiente y acierto. Mis escritos, como lo pueden ustedes comprobar resultan casi impecables.

* * *

Estuve nueve años en el Colegio. En esos nueve años hubo entre mis profesores seis renuncias, dos fugas, un intento de suicidio y tres derrames cerebrales. Los directores del Colegio resistieron estoicos, todos estos infortunios; pero cuando llegué a la pubertad, a los dieciocho años, se rindieron. Notificación a mis padres que les había costado un esfuerzo hercúleo hacer que yo aprendiera lo poco que sabía, que el vaso de mi cerebro estaba colmado y consideraban imposible, absolutamente imposible, lograr que yo aprendiera una palabra más sobre alguna ciencia o arte. Mis padres me retiraron del Colegio. Sabían que, no obstante mis deplorables condiciones memorísticas, podía ya leer y escribir y mi poquito de sumar, restar, muldividir y duplicar, lo cual era bastante. En esa ocasión mi padre explicó a mi madre que él, con

conocimientos análogos a los míos, había logrado triplicar la fortuna heredada; que su padre, el General, de conocimientos inferiores a los suyos, había llegado a ser Ministro de la Guerra. Y le recordó a mi madre algo que a ella no le hizo ninguna gracia: que el hermano de ella, de reconocida idiotez, había sido escogido como diputado —y precisamente por su notoria e incontrovertible idiotez— durante veinticinco años consecutivos, por los sucesivos gobernantes. No hacía falta —concluyó— que los vanidosos profesores llenaran mi cabeza de cosas inútiles tales como el binomio de Euclides o el teorema de Newton.

* * *

A raíz de mi “retirada” del Colegio decidieron mis progenitores que viajara por Europa para adquirir lustre, personalidad (así, textualmente, lo dijeron).

Debido a mi particular idiosincrasia acordaron que viajara acompañado de un guía y de un conductor espiritual. El primero para evitar que me perdiera en las grandes urbes, y el segundo para evitar que cayera en las redes que en las grandes urbes tienden las mujeres de grandes urbes. Uno iba a ser mi cicerone y el otro mi tutor espiritual. No fueron sino maravillosos compañeros de viaje. Ambos se perdían, como yo, en el sentido material y espiritual del vocablo. La noche que llegamos a París me llevaban cogido del brazo por Les Champs Elysees, cuando sonaron unos petardos que nos parecieron tiros; corrió la gente en grupos desordenados y al cabo del alboroto me encontré solo, perdido entre francesas y franceses desconocidos, turbado por el fulgor lunar, el aire un tanto sofocante y las palpitaciones primaverales de las campiñas lejanas. Caminé al azar dejándome atraer ora por un monumento, ora por una fuente, ora por unas cadenas. Entré en los cabarets, vi bailar el Can-Can, tomé champaña. Amanecí en el Barrio Latino, acompañado de una latina que respiraba fuego y transmitía lo mismo. Regresé a mi hotel tres días después, el mismo día que regresaron mis tutores postizos, quienes, como yo, habían estado saboteando la miel del maravilloso panal parisiense. Después de esta primera aventura solíamos perdernos casi a diario. Y en esa actitud recorrimos Londres, Roma, Viena, etc. Hasta que llegó el otoño y nuestro entusiasmo decayó al compás de las hojas marchitas.

* * *

Durante esa pausa otoñal creo que conocí a Annette y me casé con Annette, mi primera esposa. He de referir que me he casado dieciocho

veces y que podría, revisando mi archivo, darles con exactitud los distintos nombres de mis esposas, las fechas de los matrimonios y los divorcios, las pensiones fijadas, etc. Mi archivo es una maravilla y ha sido llevado, y reconstruido en ocasiones, por expertos de reconocida competencia. Pero no quiero consultarlo. El escribir se me volvería entonces insulso, mecánico. Prefiero hablar de ellas a medida que mi menguada memoria las vaya poniendo en la zona luminosa del recuerdo.

* * *

Annette era menudita. Confundo a Annete con Olga y con Rosalía, porque las tres eran menuditas, frágiles en apariencia. Annette fue, de seguro, la que más quise. Pasamos la luna de miel en Suiza, Suecia, o Noruega, sin esquiar, sin patinar, sin escalar ningún Monte. Debe de haber hecho mucho frío y mucho amor. Annette se me enfrió en la primavera. He aquí un fenómeno raro que a mí casi siempre me ha ocurrido. el de que aïdan en otoño y se enfríen en primavera. El enfriamiento provocó con Annette una incompatibilidad de caracteres, pues yo soy hombre normal que camino sentimentalmente al ritmo de las estaciones. Nos divorciamos. De ella tuve un hijo que vive en Montecarlo. Debe de ser *croupier*.

* * *

Lucinda no se llamaba Lucinda. Se llamaba Juana. No pude permitir que mujer tan bella se llamara así, y la bauticé de nuevo. Oficié de sacerdote en la fuente de Trevis. Mientras nos secábamos, después del bautizo, jugamos casinos. Lucinda —parece mentira— no tenía defecto. Físicamente era tan perfecta que cualquier pintor o escultor se habría desmayado antes de empezar a pintarla o modelarla. Era además, *graciosa, culta, elegante*. Y tenía otra virtud que después de las mencionadas en realidad salía sobrando: era de muy buena índole moral. Sin embargo me divorcié de ella. ¿Por qué? Porque le gustaba viajar en avión, cosa que yo detesto: y porque le repugnaba viajar en tren, lo cual a mí me fascina. Además me traía mala suerte a la ruleta.

* * *

A Silvia la conocí en Munich, en una cervecería, después del noveno Bock. Se me apareció con la piel tersa, el andar garboso, la mi-

hada juvenil. Al día siguiente, al verla en mi cuarto le pregunté respetuoso:

—¿Qué hace usted aquí, señora?

—Soy tu esposa —me contestó.

Tengo nervios de acero, porque cualquier otro, con esa respuesta habría sufrido un ataque de histeria. Me había casado con un peigamino, con un papito. Me dijo que tenía cincuenta años. Le contesté:

—Creo que usted tiene efectivamente cincuenta años de haberse escapado del museo, sección momias. ¿Dónde escondió las vendas?

Rompió a llorar. Le dije que no llorara, que podía deshidratarse. Entonces se me vino encima, queriendo abrazarme.

—Soy tu esposa —me decía— debes quererme.

Corrí al escritorio y saqué una pistola. Empuñando en una mano la pistola y en la otra una silla, al estilo domador, le dije firmemente:

—Señora, si usted da otro paso le quiebro esta silla en la cabeza y después la remato a tiros. Salga inmediatamente de aquí.

Sintió efectos la amenaza y empezó a vestirse, a pintarse y a componer su valija. La mantuve a raya con la pistola, le entregué cierta cantidad de dinero, llamé un taxi por teléfono y le previne severamente:

—Estoy llamando un taxi para que la conduzca a su casa. Pótese bien, que no quiero verme obligado a pedir un carro fúnebre.

Después de mi aventura en Munich jamás he vuelto a tomar cerveza.

* * *

Odette Dupin, descendiente según ella de la famosa Aurore, resultó dominante, agresiva, amasculinada, tal vez artificiosamente para justificar el ficticio parentesco. Pronto me olvidé de ella, tan pronto que sin haberme divorciado contraí nupcias con Rosalinda, una bailarina. Fui procesado por bigamo. He sido también procesado como homicida por imprudencia temeraria. Muchas veces por pisar el freno he pisado el acelerador. Con mis distracciones y mis olvidos provoqué incendios, explosiones. Por mi culpa se han hundido unos cuantos barcos. En Suiza estuve preso bajo acusación de parricidio. Yo fui el culpable de que volara al cielo Angel —un verdadero querubín de tres

meses— hijo mío y de Serafina. Estábamos pasando vacaciones a orillas del Lago Plumas, en una de las tantas cabañas que allí hay y las cuales se distinguen unas de otras únicamente por sus números. Ocupábamos la marcada con el siete. Serafina tuvo que ir a un pueblo cercano, por veinticuatro horas, para visitar a unos parientes, y dejó al querube bajo mi cuidado. Al regresar de la estación entré a la cabaña marcada con el número nueve y allí pasé el día que duró la ausencia de Serafina, sin que en ningún momento revoloteara siquiera en mi memoria el recuerdo de Angel. Cuando Serafina regresó éste ya había muerto de hambre, abandonado en la cabaña número siete.

* * *

Se agolpan y confunden en mi mente los recuerdos y se ensanchan las lagunas de los olvidos. Me siento exhausto, agobiado por un cansancio irresistible. ¿Será por los tremendos esfuerzos que he realizado al escribir? En estos difíciles momentos entra por suerte mi secretaria ¡Qué ojos! ¡qué somisa! Pretende reanimarme. La tarea que me he impuesto —dice— es superior a mis fuerzas. Tengo —añade— un archivo muy bien ordenado. ¿Por qué no encomiendo a un escritor redacte mis memorias con base en los datos recopilados en el archivo? Ella misma —agrega— podría redactarlas. Y al decir esto se sienta sobre mis rodillas y me besa. Yo, cauteloso, la retiro, haciéndole ver que de un momento a otro puede aparecer mi esposa.

—Estúpido —me dice somiando y dándome otro beso— yo soy tu esposa.

La Fuerza del Sino de Don Alvaro

—Tengo tres mujeres con casa puesta y no puedo ir a dormir donde ninguna de ellas porque las tres me pegan. Me pegan cuando me achispo un poco, como ahora; me pegan cuando estoy borracho y me pegan cuando estoy sobrio, porque la verdad es que ellas no necesitan motivo para entrarme a palos. Siempre me pegan ¡Es una maldición!

Yo le había preguntado antes:

—¿No cree usted que debe regresar a casa y dormir un poco?

La inesperada respuesta, coincidente con la extraña conducta de Don Alvaro de Albornoz, agudizó aún más mi conturbación. Empezó ésta cuando entré al bai. Aquella noche partía yo para Salonia y había llegado a la estación prematuramente, cuando faltaba poco más de una hora para la salida del tren. No quise aburrirme en el salón de espera y decidí entrar al bai para calentarme el cuerpo con unas cuantas copas de cognac. Cuando estuve frente al mostrador me reveló el espejo, en la esquina que estaba a mis espaldas, una figura lejanamente familiar, cuya fisonomía, aún imprecisa, picó mi curiosidad. ¿Quién era él? Quise saberlo. Me dirigí a una mesa cercana a la suya y traté

de identificarlo. Inmediatamente noté que no quería ser identificado: se cubría el rostro con las manos, bajaba la cabeza, se ponía de espaldas. Ayudábale en su empeño la motecina luz del bar y el humo de los cigarrillos; pero salí adelante con mi propósito. No me engañó la larga y poblada barba, ni los ahumados anteojos, ni la peluca, ni el traje a cuadros que desentonaba con su seriedad proverbial. Pronto gané la batalla: el personaje que trataba de ocultar su identidad era don Alvaro de Albornoz, rico y respetable caballero. Me acerqué a su mesa y mientras él, haciendo como que tosía, me daba la espalda, tocándole el hombro, le dije

—Don Alvaro, lo he reconocido. ¿Qué anda haciendo usted por aquí a estas horas y disfrazado?

—A un buen tiempo llegó el señor mequetrefe —me respondió malhumorado— ¡Váyase al diablo!

Pero luego rectificó:

—No. No espere. Estoy metido en una peligrosa aventura ya que me vio es necesario que me ayude. Por lo menos con su silencio. Siéntese, actúe con naturalidad y trate de bajar la voz. ¿Le costó trabajo reconocirme?

—Pues no mucho. ¿Qué líos se trae entre manos?

Llevándose el dedo índice a los labios, me dijo:

—Psst. . . He arreglado lo de mí muerte, es decir, ya estoy muerto. Ahora preparo mi fuga. Si usted hablara me causaría grave perjuicio. Debe callarse, guardaime el secreto.

En ese momento fue que le sugerí, creyendo que estaba borracho, que fuera a dormir a su casa. Y fue entonces que él me respondió con las incomprensibles palabras con las cuales he dado principio a este relato: “tengo tres, mujeres, etc.”.

* * *

Don Alvaro de Albornoz era un hombre de muy buen talante, dueño de inmensas riquezas y descendiente de ilustre familia. Se le tenía por hombre austero, de muy recta conducta. Al encontrarlo en el bar hablando dislates, disfrazado, vestido ridículamente, supuse que estaba borracho o se había vuelto loco. El adivinó mis pensamientos por el asombro que se debió reflejar en mis ojos. Y me dijo con ademán tranquilizador:

—Señor Rodríguez: he bebido unas cuantas copas, pero no estoy borracho. Tampoco estoy loco. Este día, volveré a nacer. Nadie debe saber que estoy vivo: es necesario que sigan creyendo lo que habrán ya empezado a creer: que estoy muerto. Le suplico, apelando a la vieja y caballerosa amistad que nos une, no decir a nadie que me ha visto, olvidar este encuentro ¡Prométamelo! ¡Júreme que no desmentirá, mañana, la versión aceptada por todos!

—No puedo prometer ni jurar a ciegas —le contesté—
Hablando precipitadamente continuó Don Alvaro:

—Paso dentro de pocos minutos para Salonia. Ahora soy Enrique Alomar. Este es mi nuevo pasaporte; éste mi nuevo retrato. Después de mi partida descubrieron mi cadáver, el cadáver del Señor de Albornoz. Es posible que ya lo hayan descubierto. No puedo, por la premura del tiempo, decirle más. Aténgase a la versión oficial de los hechos. Usted se queda aquí y no le importará.

—Se equivoca —le interrumpí— yo también tomo el tren que parte a las doce para Salonia. Viajaremos juntos.

Aquella fue una noticia tranquilizadora para Don Alvaro. Se alisó los cabellos, me dio unas cuantas palmaditas en los hombros y luego dijo:

—No esperaba esta coincidencia que de seguro viene en mi provecho. Me iba sin ponerlo al tanto de todo. Así era difícil que me otorgara promesa de silencio. Ahora tendré oportunidad de contarle la historia. Cuando la conozca aprobará mi conducta y se convertirá voluntariamente en fiel guardián de mi secreto.

Eran casi las doce; pagó Don Alvaro la cuenta y salimos, presurosos, hacia la estación.

* * *

Nos instalamos uno frente a otro en el penúltimo vagón. Éramos, por gracia del azar, los únicos pasajeros.

El tren se puso en marcha. La lluvia al golpear en el vidrio de las ventanillas, casi no me dejaba oír claramente la voz de don Alvaro.

—¿Cómo dice? —le pregunté—.

—¿Qué si va usted en viaje de negocios?

—Cada mes, por este tiempo —le contesté— voy a recibir instrucciones de mis representados. Soy comerciante y.

—El suyo es viaje de rutina —me interrumpió— no así el mío. Me voy del país y jamás regresaré. En cuanto llegue a Salonia tomaré un avión con destino a América.

Le pregunté:

—¿Ha cometido algún delito, lo busca la policía?

Sonrió don Alvaro:

—No, mi buen amigo. No soy delincuente. Tampoco soy espía. Mi historia . . . es una historia vulgar.

—Estoy sumamente interesado en oírla.

—Le dije que tenía tres mujeres con casa puesta y que no podía llegar a casa de ninguna de ellas porque las tres me pegaban. Pues bien, eso es cierto. Tengo tres mujeres y todas me pegan. Ahora huyo de ellas. Se agotó mi paciencia, mi tolerancia. Voy en busca de libertad. No las abandono simplemente. Si simplemente las abandonara pudiera ser que me buscaran y que lograrían encontrarme. Volvería entonces a llevar la vida de perro que he llevado. No realizaría el propósito definitivo que pretendo: cortar de raíz con el pasado. Tal como he dispuesto las cosas, haciéndome pasar por muerto y consiguiendo nuevos documentos para surgir con otro nombre, no sólo me aparto para siempre de ellas sino que espero realizar un eficaz conjunto que aleje de mi lado la suerte nefasta que me ha perseguido. Pudiera ser que el cambio de nombre y el cambio de país lo cambiara todo. Yo mismo me siento ya otro. Es que ya no soy Alvaro de Albornoz. Soy Enrique Alomar: un hombre nuevo que espera vivir una nueva vida.

Cayó de súbito su entusiasmo y añadió con tristeza:

—Dios mediante. . .

Guardó silencio un momento, como mortificado por un dolor que le cruzara por el alma, y luego continuó

—Los antiguos, para personificar el amor, imaginaron un dios que con un arco de fresno lanzaba flechas de rígido ciprés. Yo, para personificar el amor, tendría que imaginar un ogro de mazo y porra. Mi particular Cupido no hiere, malluga. Toda mujer que me ha querido me ha pegado antes de enamorarse, al enamorarse, estando enamorada o libre ya de la ponzoña del amor. Mi primera aventura empezó a puñetazos. Tenía diez y seis años y vivía en la casa solariega de mis padres. Hellen Rubinstein, institutriz de mi hermana menor, era una mujer alta y garbosa, de músculos atléticos según pude comprobarlo

suficientemente mas tarde. Cuando la casualidad hacía que se cruzaran nuestros pasos en los largos corredores de la casa, me sonreía picarescamente. Una tarde, aprovechando que habíamos quedado los dos solos en el vetusto caseón, entré a su cuarto. Acababa de salir del baño e iba vestida nada más con una bata. No pude resistir la tentación de la carne fresca, olorosa, turgente, y le robé un beso. Inmediatamente me soltó un puñetazo que por poco me rompe la mandíbula; luego otro que me cerró un ojo; luego otro y otro y otro hasta que perdí la cuenta de los puñetazos y el sentido. Cuando recobré el sentido estaba acostado en su cama. Ella me ponía lienzos de árnica en la cabeza y me arrullaba dulcemente: "Mi nene. Mi nene. ¿Te dolió verdad? Esto te enseñaré a respetar a las mujeres y a ser manso y sumiso con ellas, como ahora Mi nene guapo. En verdad eres guapo y te ves más guapo con los moietes. Viéndote así no puedo negarte un beso, no puedo negarte nada Ven, bésame cuanto quieras". Para explicar a mis padres lo de los golpes recibidos tuve que contarles que me había atropellado un camión. Y lo creyeron.

—Un mal principio —le dije soltando una carcajada.

Don Alvaro, en un gesto de exquisita cortesía, para permitir que me librara del gusanillo de la risa, se quitó la barba y la guardó, ceremonioso, en su maletín de viaje. Luego volvió a tomar la palabra:

—El incidente que le he referido fue el primer eslabón de una cadena. De allí en adelante, como ya le dije, cuanta mujer me ha querido me ha entrado a palos. Han sido muchas... Quién contara mis aventuras, quien solamente las contara en el sentido numérico de la palabra, podría tomarme por un Don Juan. En realidad no soy un Don Juan. Soy más bien la antítesis de Don Juan. Don Juan conquistaba. Yo jamás he hecho una conquista, he sido siempre el conquistado. A los treinta años era ya un veterano del amor. E igual que un soldado veterano tenía el alma apesurada por los recuerdos y el cuerpo cundido de cicatrices.

—¿Supongo —le pregunté— que ha tenido usted la mala suerte de toparse siempre con mujeres anormales?

—No, amigo Rodríguez —me contestó— no han sido ellas discípulas del famoso Marqués. Recuerde que esa perversión no es propia del sexo femenino. Tampoco se imagine que yo soy un masoquista. Mi caso no tiene nada que ver con la psiquiatría. A mí me pegan ellas normalmente, sin accesos histéricos, de un modo natural. Me pegan porque tienen que pegarme o porque me dejo pegar. Pensándolo honradamente no las culpo y quizás les otorgue razón. En primer término

¿por qué prefiero las mujeres altas, de recia complexión? Luego ¿por qué no me planto la primera vez? Hay en todo esto algo misterioso, fatal. Un escéptico diría que es una serie increíble de coincidencias. Yo digo que está de por medio la fatalidad. O que tengo una especie de imán para atraer sobre mí las palizas. Tal vez nací predestinado. Recuerdo en estos momentos una que me decía: "Tú tienes algo en la cara, algo raro. No sé que es; pero me intriga. Algún día voy a saberlo". Un día por fin me dijo: "Ya sé. Ya sé qué tienes. Ya te tengo. Te has estado riendo de mí todo este tiempo, burlándote. Te parezco ridícula y loca. . ." Se me vino encima. Bueno. Esta en verdad se hizo loca y terminó en un manicomio.

—Cuando le pegaban así, normalmente como usted dice —indagué— ¿trató alguna vez de defenderse?

—He de decirle que soy experto en el arte de la defensa propia. Conozco el boxeo, el judo, etcétera. Cuando algún hombre me ha agredido o provocado, se ha llevado su merecido. Con las mujeres no puedo repeler las agresiones. Me lo impide mi particular filosofía y mi educación religiosa. Cuando me pegan soporito la paliza y me quedo. Ese es mi mal: quedarme. Por eso se ha cebado en mí el mal llamado sexo débil, que para mí debería llamarse sexo fuerte. Una navidad recibí de regalo seis bombas de tiempo y cuatro cajas de chocolates envenenados. Podría contarle el caso de la trapecista que me arancó del asiento durante una función de circo, me besó apasionadamente mientras el trapecio volaba por los aires y me aventó después al asiento de origen. El de la bailarina acrobática que sin conocerme, en París, me arrebató de la mesa, me hizo bailar con ella la danza apache y me rompió la clavícula. El de la condesa que me perseguía por las calles de Viena con su automóvil. Se llamaba Natalia y murió estrellada contra un poste al esquivarla yo, ágilmente. El caso de Camila es verdaderamente. . . No. Le hablaré de Elena, Gertrudis y Violeta, las tres mujeres que regían hasta hace poco, a golpes, mi vida. Las tres mujeres de quien voy huyendo y a quienes creo haber engañado con mi ficticia muerte.

* * *

—Elena prácticamente me secuestró. Cuando cumplí cuarenta años era yo rico y solterón como ahora. Mis negocios caminaban solos. Huía de las aventuras amorosas, huía por espíritu de conservación. Huyendo de ellas, buscando un apartado y tranquilo lugar, llegué al "Boarding House" de Elena, una especie de refugio ideal para quienes buscaban

soledad, paz del espíritu. Estaba situada la casa a veinte kilómetros de la ciudad, dentro de un bosque, en la parte más alta de una colina. El viento, al levantar olas verdes en el mar de pinos, atomaba el aire. Y había un jardín y un arroyuelo. Todo era ideal para mi propósito; pero en cuanto la vi a ella, a Elena, comprendí el error que había cometido. Por la altivez y el porte parecía una reina. Podía también parecer un cosaco o un húsar. Desde el primer momento sus ojos ardiéron con esa luz dominante a la que tanto temo. Así han solido mirarme casi todas. El húsar, digo Elena, me tomó de la mano y me llevó a una habitación de la parte alta. “Aquí vivirá” —me dijo. “La verdad —respondí queriendo escabullirme— aún no he decidido . . .” “La verdad —atronó— es que aquí vivirá usted. Está decidido. No hablemos más”. Al punto le dio un empujón a la puerta. La puerta me rompió el labio y dos dientes; aquí, bajo el bigote, está la cicatriz. No me di por vencido. Bajé —ánimo resuelto, maleta en mano— y le dije: “Señora, me voy. No puedo quedarme”. “Caballero —me contestó— no puede irse; ha caído la noche, la cena está servida y el teléfono descompuesto impide pedir un taxi; tendrá que dormir aquí. Mañana me comunicará su decisión”

—Conociendo su . . . mala suerte — le interrumpí— debió haber huído.

¡Ay! —suspiró don Alvaro— aún no sabe cuán difícil es luchar contra el destino. La misma noche de mi llegada hice el intento. Logré asegurar una soga en la habitación y la dejé caer por la ventana. Me descolgué. . . y zas. . . me rompí una pierna al caer. Al ruido salió Elena. Enterada de mi accidente, oídas mis explicaciones —le dije que paseaba distraído, por el jardín— llamó un médico por el teléfono descompuesto. Llegó el médico y me enyesó la pierna. Quince días pasé en cama con la pierna enyesada. Quince días duró el asedio de Elena. Al décimo quinto me rendí. ¡Estaba escrito! La misma noche que capitulé me hizo prometerle que jamás la abandonaría. Yo (soy un asno) se lo prometí. Y cuando quise quebrar mi promesa ella me quebró las costillas. Y por allí va la historia. No necesito contarle más.

* * *

—Ahora hablaré de Gertudis. Elena no permite que yo me aleje de su casa sin previo señalamiento de plazo y justificación de motivo. Cuando murió mi tía Inés accedió a que fuera yo a vivir a casa de la difunta, durante tres meses, para recibir el pésame y liquidar la testa-

mentaría. En esa época conocí a Gertrudis. Gertrudis es la única mujer de quien me enamoré espontáneamente, sin que mediara iniciativa o acoso de su parte y sin que ocurriera uno de esos accidentes inesperados y violentos tan comunes en mi vida. Es también la única mujer de quien jamás pensé que podría caer, como las otras, en los excesos de la violencia. Rubia es y tiene un aire melancólico. Su voz tierna, acariciadora. Su expresión lánguida, candorosa. Es de las que guardan entre las hojas de sus libros violetas marchitas. El reverso de todas las otras. Los días junto a ella fueron maravillosos. Cuando se vencía el plazo le confesé, en un arranque de sinceridad que resultó temerario, mis relaciones con Elena. Aquella confesión estuvo a punto de ser la confesión de un moribundo. Gertrudis por poco me mata. Después de la paliza me dijo: "No vuelvas, a menos que hayas dejado a esa odiosa mujer. A mí los celos me ciegan. Si vuelves sin haberla dejado no respondo". Yo, enamorado, vuelvo donde Gertrudis, sin haber dejado a Elena, porque no es Elena mujer que se deja dejar. Y cada vez que vuelvo donde Gertrudis ocurre lo mismo; la paliza y la recomendación. O viceversa: la recomendación y la paliza.

* * *

—Conocí a Violeta en un bus. Mejor dicho en el Hospital, cuando recibí el conocimiento. En el bus fue donde ella me dio con una sombrilla, mango de plata, en la cabeza. Me dijo al disculparse que yo, por detrás, me parecía mucho al abusivo; pero que de frente no había comparación, porque el fulano era muy feo y yo muy guapo. Violeta era menudita, alegre, vivaz. Para demostrarme su arrepentimiento quería quemar la sombrilla. Yo (ya le he dicho que soy un asno) impedía que la quemara. Con ella me atiza. Se enfada por cualquier motivo y en cuanto se enfada echa mano a la sombrilla. A veces, aún estando de buen humor, me da también con ella. Le gusta recordar y reconstruir, dice, el suceso feliz que la puso en mi camino.

—Es extraordinario lo que me cuenta.

—Más extraordinario le parecerá que yo haya comprado un cadáver en quinientos pesos, le haya puesto mi ropa, mi sortija y mi reloj, mis dientes postizos, y le haya pegado fuego en una casa situada en el campo, la cual compré premeditadamente hace un año. Hace un año hice también mi testamento. Antes realicé la mayor parte de mis bienes y esto me permitirá continuar viviendo con holgura económica. Ahora seré libre. ¡Libre!

Al decir esto, impulsado por el entusiasmo, Don Alvaro se levantaba de su asiento, se paraba en el pasillo y alzaba los brazos. No vio venir a una corpulenta y distinguida dama. Como no lo viera le rozó el turgente pecho al dar un manotazo. Detúvose ella enfurecida, lo miró fijamente y luego le soltó una bofetada de padre y señor mío, que de seguro hizo ver a don Alvaro estrellas verdes en cielos morados. Este, cuando se repuso del sopapo, masculló:

—Perdón, Señora, no la ví. Le pido mil perdones, no tuve intención de ofenderla.

La imperiosa dama lo estuvo examinando, inquisidora, de pies a cabeza, durante largo rato. Sonrió por fin y dijo:

—Acepto sus excusas, caballero. Quede olvidado el incidente. Lo tomó fuertemente del brazo y se lo llevó por el pasillo.

Las Mormonas

Tengo tres mujeres con casa puesta y no puedo ir a dormir donde ninguna de ellas, porque las tres me pegan. Aunque parezca mentira tengo tres mujeres que no se dejan amar y me demuestran su pasión por medio de arañazos, puñetes y garrotazos. Las tres son altas, atléticas, de pelo negro y ojos también negros.

Son primas entre sí: Maita, Marcela y Mintala. Vivían juntas en una casa que les pertenecía en proindivisión y a la que fui a dar en mala hora, con el propósito de comprarla. La casa estaba situada frente al mar, era de dos pisos, amplia, construida de madera, al estilo del sur de los Estados Unidos. Tras ella había un bosque de árboles frutales y enfrente un jardín por el que se bajaba a la playa.

Yo estaba entonces muy débil, convaleciente de una enfermedad pulmonar.

—¿Está en venta la casa? —pregunté.

Al formular la pregunta me vino un acceso de tos tan intenso que por poco me provoca un desmayo.

Las tres acudieron, solícitas, en mi ayuda. Una me hizo tomar una tableta de aspirina, otra, una taza de té, y otra me dio golpes en la espalda.

Cuando me hube repuesto contestaron a mi pregunta:

—Efectivamente la casa está en venta —dijo una de ellas—. Pero tememos que el precio parezca excesivo. En verdad no lo es. El terreno mide una manzana y tiene bosques y jardines.

—Antes de darle el precio —intervino otra (en aquel momento no podía diferenciarlas)— quisiéramos mostrarle todo el inmueble.

Eran las cinco de la tarde. El cielo empezaba a oscurecer y caía una leve llovizna. Volví a toser.

—No podía verlo ahora —respondí—. Es tarde; la lluvia me haría daño. He estado muy enfermo. Les prometo volver dentro de una semana, o antes, en cuanto me haya restablecido.

—Propongo —dijo Mitala, la más alta, la más efusiva, aunque levemente efusiva— que invitemos al señor .

—Sigueno Mairero, para servir a ustedes.

—Propongo —continuó Mitala— que invitemos al señor Mairero a pasar una semana con nosotras.

—No quisiera molestar —dije.

—Oh, no molestaría —terció Marcela— Imaginemos que la nuestra es casa de huéspedes. Nos pagará una pensión módica. Usted necesita descansar y conocer el lugar para decidir, con conocimiento de causa, sobre el precio.

—Siendo así —contesté— acepto la invitación.

* * *

Cómo esas desgraciadas llegaron a conocer a fondo la religión mormona, es cosa que no logro explicarme. El abuelo había sido pastor protestante; pero simplemente porque apacentaba ovejas y protestaba constantemente por la mala calidad de lana que las ovejas le daban. Había sido pues, un hombre primitivo, inculto. Tuvo tres hijos que llegaron a ser con el tiempo y el matrimonio los padres de mis hermanas. Pedro, que había sido boxeador; Hércules, que había sido peluquero; y Alcides, el más tonto de todos, que había sido saigento.

Ellas, sin embargo, eran mujeres cultas y conocían a fondo la mormonería. Siempre he tenido esa religión por algo diabólico; pero he de reconocer que las tres revelaban a través de sus cuerpos de piernas largas y macizos senos, a través de sus grandes ojos, sus labios finos y bien trazados, las despejadas frentes, un control extraordinario de sus pasiones. A ratos parecían estatuas griegas, no sólo por sus duras redondeces sino por la altivez de sus rostros firmemente serenos.

Tres diosas —de la austeridad, la pureza y la inteligencia— me parecieron.

Osé preguntarles un día cómo habían adquirido esa armonía interior, ese dominio de sí mismas

—Todo —me dijo Marcela— se lo debemos a nuestra religión: el mormonismo

De esa religión yo sólo conocía su aspecto proteivo: que José Smith predicó y practicó la inmoral poligamia, que había sido ahorcado en Cartago, cerca de Nauvoo, la ciudad fundada por él en Illinois; y que Brigham Young, el segundo profeta del mormonismo, asesinaba a sus enemigos por medio de un cuerpo de sicarios a su servicio, los *avengings angels*.

Pero ellas me dieron otra versión distinta del mormonismo.

—José Smith —me dijo Marta— fue un virtuoso varón que en mil ochocientos veinte, a los quince años, padecía las torturas de no saber qué religión abrazar. Entonces se le apareció Moroni, hijo de Mormón, el último profeta de los antiguos americanos, y le reveló la existencia de El Libro de Oro, enterrado por Mormón en el monte Gumorah, nombre antiguo de una colina situada a dos millas de Manchester, en el camino que conduce de Palmyra a New York

—Puede leer usted —continuó Marcela— *The Book of Mormon*, traducción de El Libro de Oro, grabado por Mormón el Profeta en láminas de ese precioso metal, y cuyos misteriosos caracteres pudo descifrar José gracias al Urim y el Thummin de los judíos, piedras preciosas que formaban los lentes de unos anteojos que se encontraron junto al Libro. Puede leer también *Early Days of Mormonism* y *A History of the Church of Jesus Christ of Latter Day Saints*. Allí encontrará usted que los descendientes de Jared, los Jareditas, fueron los primeros pobladores del Continente Americano, y que dos siglos después vino, desde Jerusalem, Lehi, que tuvo un hijo, Laman, padre de los lamamitas, y otro hijo, Nefi, padre de los nefitas. Entre los nefitas bajó Cristo a predicar su evangelio y los convirtió en cristianos. Estos a su vez convi-

tieron a muchos lamamitas, pero algunos lamamitas —de quienes descienden los actuales pieles rojas— no se dejaron convencer y vinieron las guerras.

Yo, fervoroso católico, oía todo aquello conteniendo a duras penas las ganas de reirme.

—No le estamos relatando una novela —intervino Mintala—. Nuestro relato tiene coite novelesco tanto como lo tienen todas las versiones religiosas que existen. El Libro de Oio fue visto por personas cuyos testimonios se recibieron en forma auténtica

—A don Sigmeno —terció Maíta— puede que no le interese nada de lo que le estamos contando.

—Oh, no, no —protesté.

Pero ellas pusieron ese día punto final a la conversación

* * *

¿Cómo es posible —me preguntaba tres días después— que el mormonismo, esa religión que tuvo que ser proscrita por contraria a la moral en el país donde nació, Estados Unidos, sirva de sostén y andamiaje a éstas tres mujeres de conducta ejemplar? En casa de ellas imperaba el orden y la pulcritud, todo estaba siempre limpio, colocado en su sitio. Las tres usaban vestidos largos y de alto escote que no lograban opacar la belleza de sus formas; pero que pregonaban su recato. Se complementaban maravillosamente. Mientras una preparaba la comida, otra tocaba el piano y otra cortaba flores en el jardín y adornaba con ellas el vestíbulo, la sala, los corredores, toda la casa. Por las tardes una me servía el té, otra cantaba y otra me acomodaba el cuerpo con cojines, en el butacón de cuero que me habían asignado. Durante las veladas nocturnas una me servía chocolate, otra encendía el ventilador y otra me ponía las pantuflas. Durante las noches entraban las tres a mi dormitorio cuando yo estaba ya acostado. Una arreglaba las cortinas del ventanal, otra las ropas de mi cama y otra la lámpara de mesa para que quedara a distancia adecuada de mis ojos e inclinada suficientemente. Tenía siempre, al estar junto a ellas, la impresión de que mis deseos brotaban por tríos en mi mente y la de que ellas conjuntamente los adivinaban y sabiamente los cumplían.

Les iba cobrando admiración, pero en cuanto pensaba que eran mormonas decaía mi entusiasmo. Para nosotros, los católicos, esa religión es repulsiva. Así se los dije.

Indignadas, protestaron Contra el moimonomismo, la única religión verdadera —dijeron— se había lanzado multitud de calumnias, desde aquella que atribuye a José Smith haber plagiado en *El Libro de Oro* la *Historia Manuscrita* de Spaulding, hasta la de que el Profeta era un hombre dominado por la concupiscencia que estableció el matrimonio poligámico para disimular su depravación.

—Lo cierto es —expresó Marta— que esa ley del múltiple matrimonio, pese a las declaraciones de la Iglesia Reorganizada (Reorganized Church) hechas por el hijo de Smith y por Woodruff, es una ley natural y divina que no consta sólo en El Libro de Oro sino que aparece escrita en todos los Libros Sagrados y fue observada fielmente en la antigüedad, antes de que el hombre, con la civilización, cayera en la vida artificiosa que ahora lleva. Si leemos la Biblia encontramos que Esaú, a la edad de cuarenta años, “tomó por mujeres a Judith, hija de Beerí hetheo y a Basamath, hija de Elón, del mismo lugar”, que Abraham estuvo casado con Raquel y con Lía, hermana de Raquel. David al desposarse con Abigaíl del Carmelo, se desposó también con Achinoam la jeziabelita. Mientras David reinó en Hebrón, durante siete años y seis meses, tuvo hijos con Achinoam, con Abigaíl, con Moachá, con Aggith, con Abital y con Egla. Y cuando estuvo en Jerusalem tuvo nueve hijos, sin contar los de las mujeres de segundo orden.

—Yo sé muy bien —contadije— que los pueblos antiguos fueron polígamos. Cuando Príamo pide a Aquileo le entregue el cadáver de Héctor, relata que había tenido cincuenta hijos, diecinueve de un solo seno. Pero eso no significa que el matrimonio polígamo se ajuste a la ley divina. Lamach fue el primero, según la Biblia, que dio ejemplo de poligamia, tomando dos mujeres, Ada y Sella. Su conducta era contraria a la institución de Dios, y por ello Nicolao le llamó adúltero y Tertuliano lo llamó maldito. Esto lo acabo de leer en una traducción de la Biblia hecha por el Obispo de Astorga, Félix Torres Amat, traducción que tienen ustedes en la biblioteca.

—Sin embargo en esa misma traducción —arguyó Marta— aparece escrito en la nota correspondiente: “La poligamia, que después vemos en los Patriarcas, fue por una especial dispensación de Dios”, con lo cual se reconoce que Dios autorizó la poligamia para sus hijos predilectos, los Patriarcas, autorización que se conforma a las distintas condiciones de la pareja humana. Es innegable que el hombre está mejor dotado que la mujer, tanto en el aspecto biológico como en el síquico. La mayor capacidad del hombre le permite ser a la vez valiente guerrero, hábil político, padre cariñoso, exaltado amante. Las

naturales deficiencias de la mujer le impiden desempeñar satisfactoriamente dos o más personajes. Si es artista, el cultivo del arte no le dejará horas vacías para otros menesteres. Si es bella y cuida celosamente de su belleza, descuidará el hogar. Si es inteligente y cultiva las relaciones sociales, forzosamente dejará de cultivar el hueso matrimonial. El hombre reconoce y admite esta limitación en la mujer y por ello cuando se enamora, lo hace enamorado de la cualidad sobresaliente en la mujer amada. Una sola esposa conduce necesariamente el matrimonio al fracaso. Porque el hombre es inconforme y al poco tiempo de casado, la mujer hacendosa —nada más hacendosa— la mujer bella —nada más bella— la mujer inteligente —nada más inteligente— le resulta insulsa y le produce hastío. Como el hombre es polifacético, desea una mujer polifacética. Bella, amante, inteligente, cultivada, hacendosa ¡Un imposible! Un imposible que se remedia únicamente en virtud del matrimonio plural, que permite al hombre realizar su ideal de compañía. Un matrimonio sin hijos por esterilidad de la mujer no perdura. La poligamia resuelve ese problema. Esto lo comprendieron los hebreos según nos enseña la Biblia. Sara le dice a Abraham: “Bien ves que Dios me ha hecho estéril, despóstate con mi esclava”. Esta esclava es Agar, quien cuando huye de la casa de Abraham, es detenida por un Angel que la hace volver, con lo cual queda demostrado que Dios aprobaba su matrimonio. Raquel, viendo que su vientre no daba frutos, le dice a Jacob: “tengo a Bela mi esclava, tómala por mujer de segundo orden”. Los orientales han intentado suprimir la natural limitación de la mujer, haciendo geishas. Pero no han llegado al éxito, como lo prueba el hecho de que mantienen la institución de los matrimonios plurales.

* * *

Los argumentos que esgrimían en favor de la poligamia eran muy sólidos —hay que reconocerlo— pero no me convencían. Mi fe religiosa era muy honda.

Pero me enamoré perdidamente de Mintala, la más alta de todas —un centímetro más alta— y la más alegre de todas —un poquitín más alegre— Me subyugaba su aplomo, su fuerza, su serenidad, dotes que Dios había otorgado también a sus primas. Tenía los ojos negros, la boca y las cejas artísticamente dibujadas, la nariz cortada a lo griego, sensuales los labios. Todas tenían negros los ojos, dibujadas artísticamente la boca y las cejas, la nariz cortada a lo griego, los labios sensuales. Eran como tres gotas de agua de idéntico tamaño.

Resultaba casi imposible diferenciarlas, así como resultaba casi imposible encontrar a una alejada de las otras. Siempre andaban juntas.

Una tarde tuve la fortuna de encontrar sola a Mirtala, mientras se entretenía en podar unos rosales. Tomándola de la mano la conduje a un banco próximo de los muchos que había en el jardín. Nos sentamos y le declaré mi amor.

—¿Me amas tú? —le pregunté, al tiempo que la besaba en los labios.

Se dejó besar. Me besó ella y luego me contestó.

—Sí te amo. ¿Pero estás seguro de que es a mí a quien quieres?

—Sí, Mirtala —le contesté, volviéndola a besar— a ti, a ti nada más.

—Yo soy Marta —me gritó.

Se desprendió bruscamente de mis brazos y huyó, giradas ariba, hacia la casa.

Durante la cena las tres sonreían picarescamente y yo no me tomé el trabajo de averiguar quién era Marta, quién era Mirtala y quién era Marcela.

Pasé la noche en vela, cavilando. Después de un severo análisis de mis sentimientos llegué a la conclusión de que yo no estaba enamorado de Marta, de Marcela, ni de Mirtala. Yo estaba enamorado de las tres, del equipo. Y me poseyó el demonio. Porque echando por la borda mis convicciones religiosas, decidí correr la gran aventura.

Al día siguiente las abordé en el salón de costura. Una hacía dibujos sobre las telas, otra las iba costando y la tercera las bordaba.

—He estado leyendo —les dije— sobre la religión de ustedes y me he dado cuenta de que oficialmente proscriben la poligamia. Tal aparece en el *Manifiesto* de Woodruff y en la *Declaración Oficial* de José F. Smith, el hijo de José Smith. La ley poligámica no aparece en *El Libro de Oro*. Ella fue establecida en virtud de una profecía que fingió el primer profeta José Smith, después que el Congreso de Illinois había concedido a Nauvoo una Constitución y la había permitido a él convertirse en soberano de los mormones como Jefe de *La Legión de Nauvoo*. Su vanidad lo indujo a anunciar esa falsa profecía.

—Los que afirman que José Smith simuló que Nuestro Señor le había revelado la Ley de la poligamia —intervino Marta, me parece que fue Marta— los disidentes, al negar esa profecía y calificar de

falsante a José Smith, niegan el mormonismo todo. Nuestro Profeta encontró El Libro de Oíó en virtud de las revelaciones que le hizo Moroni. Así lo afirma el Profeta y así lo creemos todos los mormones. ¿Cómo es posible creer en la procedencia divina de ese libro, si se afirma que José Smith es un falsante?

—Tres de los once testigos que declararon haber visto el libro —aigüí— revocaron después su testimonio.

—Así es —siguió mi bella interlocutora— Ellos fueron Cowdery, Whitmer y Harris, cuyos testimonios contradictorios carecen de valor en cualquier sentido y dejan en pie el de los ocho testigos restantes. Pero lo que yo quería decir es que los disidentes mormones, son disidentes a medias y se colocan en una posición absurda. Si el Profeta Smith es un falsario, ¿cómo creen en la existencia de El Libro de Oíó, que él dice le entregó Moroni?

—Además —colaboró Marcela, me parece que fue Marcela— en El Libro de Oíó está decretada, aunque no de modo expreso, la ley de la poligamia. Así que ésta no nació única y exclusivamente en virtud de la profecía de Nauvoo. Enlazando e interpretando los textos sagrados se llega a la conclusión .

En ese momento hice la pregunta crucial:

—¿Así que ustedes creen de modo absoluto en la ley de la poligamia?

—Sí —me contestaron.

—¿Y estarían dispuestas a practicarla casándose las tres con un solo hombre?

—Sí —volvieron a contestar.

—¿Cumplirían con los preceptos del matrimonio plural que exige en las esposas deposición del orgullo y ahogo de los celos?

—Cumpliríamos —respondieron.

—¿Actuarían siempre en conjunto como las he visto actuar y jamás alguna pretendería superioridad sobre las otras?

—Sí —respondieron anhelantes.

—¿Entonces —pregunté—, quieren concederme sus manos? Marta, Marcela y Mittala, las pido por esposas.

Las tres asintieron. Las tres lloraron. Besé a las tres.

* * *

Me preguntaron si yo quería que actuara en el matrimonio un sacerdote de la orden de Melquisedec o uno de la orden de Aaion. Yo

dije que me daba lo mismo; pero ellas me explicaron que era superior uno de Melquisedec, antiguo Rey de Salem, del que no se conoció ni el principio de su vida ni el fin de sus días, porque sólo los de esa orden tenían el atributo de imponer las manos y comunicar el Espíritu Santo. Me acomodé a la opinión de ellas y fuimos casados un día domingo por un sacerdote de Melquisedec que además era miembro del Colegio de los Doce Apóstoles, del Colegio de los Setenta y del Colegio de los Ancianos. Privó en la ceremonia la austeridad. No hubo baile ni vino. Recuerdo que nos leyó el sacerdote la epístola de San Pablo, alterando los términos que aparecen en el texto bíblico y repitiendo aquellos que parecen coincidir con la ley de la poligamia. Varias veces nos dijo, fiel al texto de la famosa epístola:

—Las mujeres casadas están sujetas a su marido. Los maridos deben amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos

Llegó la noche y empezaron los problemas. Después de la cena se retiraron a la sala y celebraron largo conciliábulo. Al salir, sus rostros revelaban ira, rencor, las más bajas pasiones. Habían perdido aquella serenidad y firmeza que tanto admiré en ellas

—Tú tienes que decidir —me conminaron— con quién se inicia la luna de miel

—Yo entendí. . . —les contesté azorado
Me soltaron un puñetazo y me llenaron de insultos.
—¡Vulgar! ¡Puerco! ¡Degenerado! —gritaban

Largo rato gasté en calmar sus ánimos y convencerlas de que no merecía esos improperios, pues yo de buena fe, interpretando tal vez erróneamente las leyes moimónicas, había creído que el matrimonio era plural desde sus inicios.

Cuando las hube calmado, volvieron a exigirme hiciera la selección

Medité largamente, sobreponiéndome al cansancio que me agobiaba. Eran las dos de la mañana. Mientras yo meditaba ellas me miraban de muy rara manera. Entornaban los ojos, los guiñaban. Habían perdido el recato y la compostura. Llegaron hasta subirse la falda arriba de la rodilla.

Me les quedé viendo largamente
—Escojo a Marcela —dije y tomé a una de la mano.
La aludida me lanzó el libro de oraciones en la frente y exclamó.
—¡Yo soy Mitala!

Marcela por su parte me defendió de Miitala y acariciándome dijo que mi decisión estaba tomada. Protestaron las otras arguyendo que había habido error en la persona. Y se liaron en furiosa riña. De vez en cuando se desliaban para propinarme un zapatazo, darme arañños o tirarme del pelo.

Quando se apaciguaron, les dije, ya furioso:

—Yo no puedo decidir. Rídense. Son las cinco de la mañana.

Aquello fue como tocar un avispero. Me molieron a golpes. Y allí terminó mi primera noche de luna de miel.

Huyendo, me fui a la casa del pastor protestante que nos había casado. Vivía él en un villorio situado a dos kilómetros de mi casa. He de advertir que antes del matrimonio compré la casa de mis cónyuges. El pastor —mormón de pura cepa— estaba casado con dieciocho mujeres. Llegué a su casa al amanecer del día lunes.

—Deseo hablar con su marido —expuse a una de las esposas que salió a recibirme.

—Es imposible —me contestó— ya está acostado.

—Me urge pedirle consejo —expliqué—. ¿A qué horas puedo verlo mañana?

—A ninguna —me respondió— los días de la semana no se levanta. Venga él domingo.

Y aquí me tienen ustedes. Tengo tres mujeres con casa puesta y no puedo ir a casa de ninguna de ellas porque las tres me pegan. Para colmo, hoy día jueves, he sabido que mis tres esposas abjuraron ya de sus convicciones mormónicas y quieren abrazar el catolicismo.